

Cuba— referido a la experiencia trasatlántica de dos generaciones que se reparten entre la isla y el Sahara durante los años setenta y ochenta resultan de peculiar interés para los investigadores de dos áreas muy poco trabajadas.

Con el séptimo grupo de trabajos nos enfrentamos al tema de “Feminidades y contrafeminidades”. Los ensayos de esta sección cubren la exploración de la subjetividad femenina vinculada a diferentes geografías, espacios y epistemes. Destaco dos: el trabajo de Chiara Bolognese sobre la constitución literaria de un sujeto lesbiano antirrevolucionario en la Cuba castrista de la última década, y el ensayo de Giovanna Minardi, en el que se pregunta por la pérdida de identidad político-teórica del feminismo latinoamericano, al aceptar únicamente la noción de género como *lingua franca* para tratar de conciliar políticas públicas con proyectos de desarrollo y cooperación internacionales centrados en problemáticas de “mujeres no occidentales”.

El capítulo octavo, “Narradoras de/ en resistencia: cuerpos y géneros”, nos propone cuatro reflexiones que abordan la narrativa producida en Argentina, Brasil y Perú. Los trabajos estudian diferentes estrategias narrativas de enfrentar la representación de experiencias límite para las mujeres. Éstas son violencias encarnadas atravesadas por el horror de la estigmatización que se ancla en los cuerpos.

El último de los apartados, “Representaciones: conflictos a escena”, presenta el excelente trabajo de A. Prado sobre el vídeo-activismo en la Argentina. Su análisis es informado, provocativo a la vez que novedoso desde el punto de vista de los materiales y el uso del género como categoría de análisis histórico y estético. Se agradece el conocimiento acabado del debate local sobre cine y política en la región.

A pesar de lo anterior, el volumen logra cierta unidad de sentido, aunque incompleta desde la perspectiva del proyecto inicial, sobre el estudio del mito en América. La vuelta al debate latinoamericano como proponen sus editores al comienzo (p. 11) sigue en deuda con una vasta producción intelectual en el continente, una producción soslayada por la mayoría de los autores. Esperemos que en una próxima entrega de la serie el debate bibliográfico latinoamericano, las voces de nuestros intelectuales, sea capaz de oírse.

Fernando A. Blanco
(Bucknell University)

Pilar Latasa (ed.): *Discursos coloniales: texto y poder en la América hispana*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert (Biblioteca Indiana, 31) 2011. 190 páginas.

La editora Pilar Latasa acertó al sustituir el título original del congreso “Viejo Mundo y Nuevo Mundo en las Crónicas de Indias” por el más sugerente título de *Discursos coloniales: texto y poder en la América Hispánica*, ya que demuestra el doble papel del discurso colonizador español, que consistía, de un lado, en describir la consolidación del poder hispano en América, y, del otro, en mostrar el decisivo poder de este discurso en la historia de la colonia”.

La premisa primordial del poder colonial ultramarino (la ocupación de las tierras americanas), la reflejan, según Jesús María Usunáriz, las crónicas de la primera mitad del siglo xvii al describir y comentar cómo los peninsulares lograron el control sobre el territorio del Nuevo Mundo gracias a sus victoriosas luchas contra los holandeses y demás rivales. En su artículo, que cierra, en vez de abrir, como debiera ser,

el volumen, Usunáriz vincula el discurso de la colonización de América con la política internacional española en el contexto de las disputas y guerras de las potencias europeas por el poder en el Viejo Mundo y en el mundo entero.

Estas diferencias entre los Estados colonizadores se pueden deducir también de las traducciones de la crónica de Acosta en otros países del viejo continente, que examina Fermín del Pino Díaz en su ensayo “Acerca de las traducciones de Acosta (1590): ¿Tradiciones o traducciones?”, procediendo a una revisión crítica de las deformaciones del texto de Acosta debidas, a mi juicio, a las estructuras histórico-sociales de esos países, muy distintas a las de la Península.

Dentro de esta constelación global se efectuó la apropiación del espacio americano por España con el discurso colonial como medio que legitimaba la conquista de América como continuación de la (llamada) Reconquista de la Península. Por esa razón, el discurso colonial(ista) recurre a los libros de caballerías que expresan la bicéfala ética del conquistador como militar y como misionero cristiano. Lo señala José Antonio Mazzoni en “Mezquitas, agravios y traiciones: sobre el discurso caballeresco en las crónicas de la conquista”. Mazzoni comprueba que para Bernal Díaz del Castillo y los demás cronistas la novela de caballería no fue únicamente un modelo narrativo, como se suele suponer, sino un modelo de comportamiento político, ideológico, religioso y sobre todo ético del conquistador.

A esta ética conquistadora derivada del papel activo del clero en la conquista española obedecía también la fundamental “diferencia de actitud (toponímica) entre países católicos y protestantes” (p. 60). Es lo que postula Ángel Delgado Gómez en su trabajo sobre la “tipología de la temprana toponimia americana” (p. 55). Según el

autor, la diferencia se concreta en la preferencia española por las denominaciones cristiano-religiosas de lo conquistado, mientras que los ingleses solían dotar sus colonias de los nombres de sus monarcas. Esta dicotomía se debe sin duda a los diferentes tipos de conquista: la española por los “soldados de Dios”, y la inglesa por campesinos y mercaderes. A mi juicio se puede hablar de un discurso bifronte en relación con la toponimia americana, en el que dar un nombre significa el acto de apropiación intelectual-ideológica de los territorios conquistados mediante la fuerza colonizadora de la palabra, aunque ni los colaboradores ni la editora del volumen expliciten estas estrategias terminológicas.

El registro y el bautismo “a la europea” de las plantas —las más de las veces la aceptación de la nomenclatura indígena— no son, por ende, sólo actividades (pre) científicas, botánicas, sino también actos de toma de poder sobre la naturaleza del Nuevo Mundo. Según se puede deducir del ensayo de Gabriel Arellano, un ejemplo de esta colonización verbal de la naturaleza americana es la *Breve relación* de 1623 del capitán Juan Recio de León, un registro de las plantas y animales del bosque tropical de montaña del norte de Bolivia. Arellano limita su presentación de esta obra a la parte botánica, a la descripción planta por planta, desde el incienso y otras resinas, pasando por el maíz y la yuca, hasta el maní, incluyendo su cultivo, su uso medicinal y su valor nutritivo. El libro de Recio de León resulta ser así tanto una temprana investigación biotópica del subcontinente como una injustamente olvidada contribución al discurso colonial.

Al discurso colonizador pertenece también la apropiación visual del Nuevo Mundo por los españoles, como demuestra Rolena Adorno en su análisis comparativo de las ilustraciones de la *Historia Antigua de México* escogidas por Francisco Javier

Clavigero, que constituyen un completo discurso gráfico como complemento del discurso verbal.

Otra vertiente del discurso colonial es el jurídico, examinado por Raúl Marrero-Fente en su artículo sobre la capitulación de Juan Ponce de León sobre la conquista de la Florida. En él, Marrero-Fente desenmascara el mito, transmitido tanto por cronistas como por historiadores, de que el móvil de la expedición a la Florida era la busca de la fuente de la eterna juventud. En cambio, mediante el análisis minucioso del texto de la capitulación, prueba que la motivación era absolutamente racional: la anexión de esta región al imperio colonial ibérico. El rey Fernando II de Aragón y V de Castilla asignó a Ponce de León la futura gobernación de la Florida como compensación por la pérdida de Puerto Rico, cuyo gobierno había confiado a Diego Colón.

Fernando Rodríguez Mansilla muestra en “La estela de Ambrosio de Morales en *La Florida del Inca*” las huellas del fundador de la homónima escuela historiográfica en la obra del Inca Garcilaso de la Vega, por ejemplo en su aplicación de la teoría de Morales del origen godo de los reyes de España a los conquistadores, lo que prueba la vinculación original del discurso colonial con el discurso histórico peninsular.

No obstante, el discurso colonizador se fue convirtiendo paulatinamente en un discurso criollo, como sostiene Luis Albuquerque en su examen de los relatos de viaje. Si al principio fueron instrumentos de inspección de las tierras incógnitas recién descubiertas, se transformaron después en descripciones de la nueva realidad creada por la población criolla, asumiendo como género literario, según Albuquerque, un carácter mestizo, típicamente latinoamericano, entre crónica y ficción.

De igual manera, la microestructura económica, político-administrativa y poblacional en el ámbito regional que

se establecía en los territorios ocupados, generó un correspondiente discurso colonial local, como muestra Pilar Latasa al relacionar la microhistoria de Charcas, sobre todo su competencia con Lima, con el incipiente discurso criollo de esta provincia.

El mérito de este volumen es doble: de un lado presenta una amplia muestra de los registros del discurso colonial, que va del jurídico al pictórico, mientras que en la tradicional historiografía dominaban más bien los escritos de carácter político, militar y religioso. Del otro, los autores investigan —al menos implícitamente— en una especie de hermenéutica semiótica su aspecto pragmático, es decir, su poder verbal como complemento del poder colonial político-militar, mientras que gran parte de los estudios anteriores buscaban más bien averiguar sólo la verdad “histórica” de las crónicas coloniales, o sea, su significado semántico al compararlas con las subyacentes realidades objetivas.

Hans-Otto Dill
(Berlín)

Jaime Erasto Cortés: *Del gusto y la memoria. Ensayos sobre el cuento mexicano*. Xalapa: Universidad Veracruzana (Colección Cuadernos, 57) 2012. 170 páginas.

Es un deleite poder leer un libro de un solo investigador que reúne varios ensayos suyos publicados a lo largo de una vida académica, y que giran todos alrededor de un mismo asunto, el cuento mexicano y, ligado a esto, las antologías de cuentos. En el libro *Del gusto y la memoria*, podemos apreciar la riqueza del trabajo que Jaime Erasto Cortés ha llevado a cabo en prólogos, artículos, reseñas y encuentros. Otro aspecto que hace esta compilación